

7728
45
GLORIAS ESPAÑOLAS

LA BATALLA DE CLAVIJO

POEMA HISTÓRICO

POR

CESÁREO SAENZ BALMASEDA



HABANA

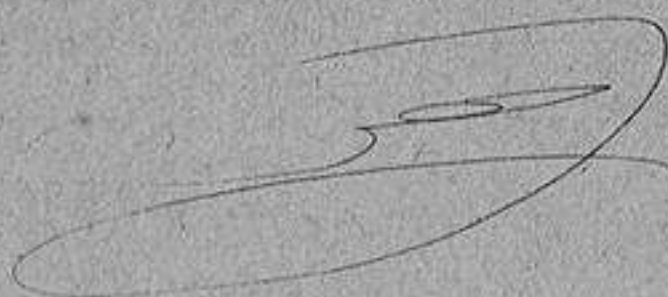
P. FERNÁNDEZ Y C.^a—OBISPO 17

1897

R
06

NO SE PRESTA

Regalo del autor

A stylized, handwritten signature in dark ink, consisting of a large, sweeping loop followed by a horizontal line and a small flourish.

BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000211512

T-77346

C. 211. 512

GLORIAS ESPAÑOLAS



R

3306

LA BATALLA DE CLAVIJO

POEMA HISTÓRICO

POR

CESÁREO SAENZ BALMASEDA



2. 90. 455

HABANA

P. FERNÁNDEZ Y C^a—OBISPO 17
1897.

DEDICATORIA

Al Excmo. Señor

D. Valeriano Weyler y Nicolau,

Marqués de Tenerife

*En testimonio de admiración
y respeto*

El autor.

I.

¡Oh, Señor de los mundos soberano,
á quien de hinojos el mortal adora!
Tu que das vida al pensamiento humano,
agitando la mente creadora,
dá inspiración á un corazón cristiano:
torna su voz armónica y sonora
para que cante las hispanas glorias
conquistadas en ínclitas victorias.

En sacro fuego el corazón inflame
el amor de la Pátria bendecida
y en armoniosas notas se derrame.
Tu eres de España poderosa egida
contra el que intenta mancillar infame
su gloriosa bandera esclarecida.
Llena mi mente de entusiasmo santo
hoy que las glorias de sus hijos canto.

II.

La vil traición y el mísero despecho
de un conde desleal, en día aciago
abrió á Tarif las puertas del Estrecho.
Del árabe invasor al rudo amago,
el trono de los godos fué deshecho;
y entre el fragor, las ruinas y el estrago,
en vergonzosa esclavitud sujeta
quedó España á los hijos del Profeta.

Y hubo un rey español, de sangre impura,
que faltando á su honor y á su decoro,
afirmó su corona mal segura,
con la humillante protección del moro.
La Pátria lamentó su desventura;
y de su orgullo y de su fé en desdoro,
vió acrecer su dolor y sus querellas
con el *Tributo de las cien doncellas*.

Tamaña afrenta consentir no pudo
por largo tiempo la oprimida España;
y el leonés y el asturiano rudo,
refugiados un día en la montaña,
del honor nacional férreo escudo
fueron, luchando con furor y saña;
Porque es la guerra redención sublime
del pueblo noble que en cadenas gime.

Abderramán, que los destinos rige
de un pueblo numeroso y aguerrido,
el cumplimiento del tratado exige,
que los cristianos dieron al olvido.
Embajadores á León dirige
á pedir el tributo convenido:
recíbelos el rey y á su presencia
razona con valor y con prudencia.

“Pudo, les dice, el rey Don Mauregato,
“con espanto y horror de las edades,
“pactar un día tan infame trato;
“mas hoy es necesario que sepades
“que es en un rey cristiano desacato
“alimentar groseras liviandades,
“entregando á enemigos tan innobles
“las hijas de su pueblo y de sus nobles.

“Llevad á vuestro rey estas razones
“en que Ramiro funda sus querellas.
“¡Que en mi escudo campean los leones!
“Y que en lugar de cándidas doncellas,
“se aprestan esforzados campeones
“su noble sangre á derramar por ellas
“al frente de su rey, que vá el primero,
“el censo á redimir con el acero.”

Tal respuesta dá el rey á la embajada
de Abderramán, en tono resolutivo;
y acariciando el puño de la espada,
jura borrar por siempre ese tributo,
baldón y afrenta de la pátria amada,
de ominosa traición aleve fruto.
Y en la corte de Córdoba resuena
el eco de su voz, de rabia llena.

III.

Numerosa falange de guerreros
el poderoso Abderramán envía
de Córdoba á León, para que fieros
castiguen de Ramiro la osadía.
Ya trasponen de Rioja los linderos
en confuso tropel; sus pasos guía
bélico ardor, anhelo de matanza,
y el aire enciende el eco de venganza.

Sométense las villas una á una
al árabe irruptor; en sus almenas
ondea la triunfante medialuna.
¡Ay! De la hermosa Rioja las amenas
y fértiles campiñas, la fortuna
contemplan del Muslim, con hondas penas,
al ver que en sus poéticos vergeles
la yerba pastan árabes corceles.



¡Mas tanta humillación hay quien tolere,
Oh noble Iberia, entre tus hijos? Mira
como tu orgullo y tus creencias hiere
la torpe grey que en el Corám se inspira.
Que el valor de tus hijos exaspere
el pátrio honor; enciéndase la ira
contra esa turba vil que te profana
y que las lindes de tu suelo allana.



Del hondo valle á la escarpada sierra,
coronada de rocas de granito,
vuela el pregon apellidando ¡Guerra!
y de sagrada indignación el grito
cunde veloz por la cristiana tierra
contra el califa musulman precito.
En torno de la cruz únense todos
los nobles descendientes de los godos.

El honor de la pátria mancillada
junta en un haz á nobles y pecheros,
y al rey ofrecen su brillante espada
desde el noble Señor de los Cameros,
hasta el Señor del Vierzo y Ponferrada.
De toda España acuden caballeros
que á defender la pátria se disponen
y en Don Ramiro su esperanza ponen.

El valiente adalid de Valdeosera,
Sancho Tejada, heróico caudillo,
Alcaide de Clavijo y de Viguera,
apostando su gente en Moncalvillo,
al Soberano de Leon espera
para dar á su ejército mas brillo,
y atacar por sorpresa sin demora
el campamento de la gente mora.

Velado por las sombras nocturnales
se desliza el ejército cristiano
sin ruido de trompetas ni atabales.
Oculto siempre y esquivando el llano,
recorre entre montañas y breñales
el país á Clavijo comarcano:
y cuando el alba asoma por Oriente,
de la florida Albaida (1) se halla enfrente

(1) Hoy Albelda.

Como el león se oculta entre el follaje
para saltar veloz sobre su presa
y devorarla con furor salvaje,
tal prepara Ramiro la sorpresa,
refrenando su indómito coraje
mientras estar oculto le interesa.
Hácese la señal; y de repente
lanza contra los árabes su gente.

Ay! vano es su valor, vano su esfuerzo;
nada consiguen con su brazo fuerte
Sancho Tejada ni el Señor del Vierzo.
Entregado el ejército á su suerte,
sin gente, ni recursos, ni refuerzo,
hallan los mas intrépidos la muerte,
y hasta el rey con amarga pesadumbre
cede el campo á la inmensa muchedumbre.

IV.

Hacia la peña Turce se retira,
presa de triste y de mortal congoja,
el rey leonés, mientras absorto mira
al Agareno vencedor en Rioja.
A la resignación cedió la ira;
la afrenta del vencido le sonroja,
y el corazón bajo la férrea malla
late oprimido y entre sí batalla.

Como á las sombras de la noche cede
la luz del sol al declinar la tarde,
tal el desmayo al ánimo sucede,
que hace temblar al corazón cobarde.
Ante el vencido ejército no puede
de su antiguo valor hacer alarde;
y con sombras y penas en el alma,
descanso busca, soledad y calma.

Al cielo con fervor sus ojos tiende
y á la oración estático se entrega;
y mientras dulce sueño le sorprende,
blanda armonía á sus oídos llega.
Envuelto entre el fulgor que el aire hiende,
magestuoso á su vista se despliega
el Apostol Santiago, cuyo acento
escucha el triste rey mudo y atento.

“No decaiga, Ramiro, tu esperanza,
“le dice con acento lisonjero:
“El que confía en Dios todo lo alcanza:
“tu vencerás al árabe altanero,
“que sentirá en el golpe de tu lanza
“la justicia de Dios. Vuela ligero
“y busca con tu gente al enemigo,
“que en la batalla, yo seré contigo.”

Dijo; y ceñido en resplandor luciente
la celeste región hiende sereno.
Sacude el sueño Don Ramiro y siente
latir su corazón de gozo lleno.
Tranquilo ya su espíritu, presente
que vencerá en la lid al sarraceno.
Los suyos busca; y con tan fausta nueva,
sus decaídos ánimos renueva.

V.

Ya de Navarra en las enhiestas cumbres
la luz del alba pálida clarea,
y del día los próximos vislumbres
alegre anuncia el gallo de la aldea.
De los moros la inmensa muchedumbre
por los fértiles campos hormiguea;
y con la faz en frente al sol que asoma,
hace torpe zalemas á Mahoma.

Resuenan los guerreros atabales
de Albelda en los poéticos vergeles,
que retrata el Iregua en sus cristales;
relinchan los indómitos corceles;
al soplo de las brisas matinales
agítanse los blancos alquiceles,
semejando los árabes palomas
que se ván á posar sobre las lomas.

Entre tanto el ejército cristiano
cubre las altas cimas de Laturce,
en cuyo agreste suelo crece ufano
el verde enebro y el silvestre urce.
El rey desde la cumbre acecha el llano
mientras el plan en su memoria zurce,
para lanzar sobre la gente mora
su animosa falange vengadora.

“Mirad, dice á su gente Don Ramiro,
“como huellan los árabes el suelo
“bendito de la patria. Doquier miro
“veo con amargura y desconsuelo
“infieles nada más. Si yo os inspiro
“fé y confianza, secundad mi anhelo;
“venid en pos de mí; nuestra la gloria,
“nuestro el laurel será de la victoria.

“Si ayer, luchando con la grey moruna
“con fé cristiana y singular denuedo,
“mostrósenos adversa la fortuna,
“nada os importe; deponed el miedo;
“la cruz humillará la medialuna;
“y en el nombre de Dios deciros puedo
“que venceremos la morisma extraña
“al grito de ¡Santiago, cierra España!”

Tal dijo el rey; y su robusto acento
inflamando de ardor los corazones,
al abatido ejército dió aliento.
Descienden en compactos escuadrones
con la bandera desplegada al viento,
ornada con la cruz y los leones
Al campo llegan; su furor estalla
y lánzase con ira á la batalla.

Encima del ejército cristiano
ciérnese con estrépito sonoro
nívoo corcel. Ginete soberano
con el semblante aureolado de oro
y albo estandarte en la siniestra mano,
arremete furioso contra el moro.
En medio de espantosa gritería,
huye aterrada la morisma impía.

Negro pavor sus huestes desconcierta
y escapando en distintas direcciones,
queda su gente en las veredas muerta,
y en el suelo abatidos sus pendones.
Nadie la causa del terror acierta.
¿Quien deshace sus fuertes escuadrones?
¿Quien les combate con tan dura saña?
¡Santiago, que pelea por España!

A la vista del ínclito Santiago
enardecida la cristiana hueste,
lleva tras sí la muerte y el estrago
siguiendo en pos del campeón celeste.
Parece el valle pantanoso lago
que inundó de cadáveres la peste:
y tanta sangre la llanura anega,
que hasta las aguas del Iregua llega.

VI.

Gloria al Señor que vence en la batalla.
Contra su brazo fuerte y poderoso
nada puede el acero ni la malla.
Él deshace las obras del coloso,
al orgullo del fuerte pone valla,
y convierte al vencido en victorioso.
Él armó el brazo al inclito Santiago,
que hizo en los moros espantoso estrago.

Surge en el aire espléndida y fulgente
luz, que derrama misteriosa estela;
y con visible asombro de la gente,
cruza el espacio y á Occidente vuela.
Es Santiago que torna diligente
el alma á Dios y el cuerpo á Compostela
para velar de allí por nuestra España
y preservarla de enemiga saña.



BIBLIOTECA CENTRAL DE LA RIOJA



10000211512